

HEINRICH BERL

N-1
40

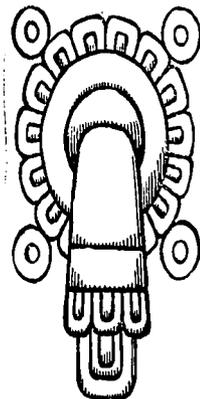
Relaciones Precolombinas Entre Cuba y Yucatán

(SOBRETIRO DEL TOMO IV, NUMS. 1-2

DE LA

REVISTA MEXICANA DE ESTUDIOS ANTROPOLÓGICOS)

Tesis Maestro en Ciencias Históricas



México
1940



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Indice de la Revista Mexicana de Estudios Historicos

TOMO PRIMERO - 1927.



- BEYER, Hermann.—La Cifra Diez en el simbolismo Maya.
BEYER, Hermann.—Dos fechas del Palacio de Palenque.
CASO, Alfonso.—El Vaso de Jade de la Colección Plancarte.
CASO, Alfonso.—Las Ruinas de Tizatlán, Tlaxcala.
CASO, Alfonso.—Una pintura desconocida de Mitla.
CASO, Antonio.—La Solidaridad Política.
CASTILLO LEDON, Luis.—Una disertación de Hidalgo.
CERVANTES, Enrique A.—Carta de Examen de un maestro herrero.
DIEZ DE SOLLANO, Carlos.—Cuadros de Costumbres. Las Fiestas de San Miguel Allende.
FERNANDEZ DE LIZARDI, Joaquín.—Testamento Político del Pensador Mexicano, Primera Parte.
FERNANDEZ DE LIZARDI, Joaquín.—Testamento Político del Pensador Mexicano, Segunda Parte y Conclusión.
GOMEZ DE OROZCO, Federico.—Monasterios de la Orden de San Agustín, en Nueva España, Siglo XVI.
GONZALEZ CASANOVA, Pablo.—El Tapachulteca N° 2, sin relación conocida.
LEON, Nicolás.—La Relación de Michuacán. Nota Bibliográfica y Crítica.
MENA, Ramón y Porfirio Aguirre.—La Nueva Zona Arqueológica, Chupicuaro, Gto.
MENDIZABAL, Miguel O. de.—Los Otomites no fueron los primeros pobladores del Valle de México.
MILLERREID, Federico K. G.—El llamado Planchón de las figuras, en el Estado de Chiapas.
NUÑEZ Y DOMINGUEZ, José de J.—Los métodos modernos en la enseñanza de la Historia.
SALADO ALVAREZ, Victoriano.—El Diario de un amigo de México (John Quincy Adams).
SCHONS, Dorothy.—Dos documentos inéditos relativos a Sigüenza.
TOUSSAINT, Manuel.—Pintura Colonial. Notas sobre Andres de la Concha.
TOUSSAINT, Manuel.—Folk-lore histórico. La Canción de Mambrú.
TOUSSAINT, Manuel.—Un templo cristiano sobre el Palacio de Nictócentli.

APENDICE DEL TOMO PRIMERO.

- Descripción de la Ciudad de México, por Antonio de León y Gama. Con nota preliminar de Federico Gómez de Orozco.
Descripción del Lienzo de Tlaxcala, por Nicolás Faustino Mazihcatzin. Con nota preliminar de Federico Gómez de Orozco.
Descripción del Obispado de Michuacán, por Antonio de León y Gama. Con nota preliminar de Manuel Toussaint.
El libro perdido de las Pláticas o Coloquios de los Doce primeros Misioneros de México. Con prólogo y notas de Zelia Nuttall.
Relaciones de Cholula, por Gabriel de Rojas, de Culhuacán, por Gonzalo Callejos y de Teotzucualco y de Amoltepecque, por Hernando de Cervantes. Con nota preliminar de Federico Gómez de Orozco.

RELACIONES PRECOLOMBINAS ENTRE CUBA Y YUCATAN (*)

Por Heinrich BERLIN.

A L analizar los elementos culturales del Continente Americano, se encuentran, como entre todos los pueblos de otros continentes, mutuos intercambios e interdependencias entre sus pobladores autóctonos desde los más remotos tiempos. Hallamos v.g. el mismo sistema calendárico desde Centro América hasta las regiones septentrionales de México; los objetos de oro encontrados en el Cenote de Chichenitzá provienen en su mayoría de Costa Rica; el vaso de silbar de Monte Albán es idéntico con aquellos del Perú; el Nahuatl de la altiplanicie mexicana como el de Centro América pertenecen a la gran familia lingüística Yuto-azteca que se extiende desde la América del Norte. Son estas enumeraciones unos cuantos ejemplos que desde luego pueden ser multiplicados sin dificultad ninguna para demostrar la continuidad de relaciones interamericanas desde la Tierra del Fuego hasta Alaska a través de la América Central. Según se ve estas relaciones son de carácter lingüístico, etnográfico, físico antropológico, sociológico. Podemos pues asegurar que hay una afinidad cultural continua.

Hasta ahora sólo hemos señalado una vía de intercomunicación: la continental que atraviesa entre otros países a México, pero existe otra todavía que es la insular, comunicando la Florida con la Cuenca del Orinoco y del Amazonas a tra-

* Conferencia sustentada ante la Sociedad Mexicana de Antropología en su sesión ordinaria del día 7 de diciembre de 1933.

Como Tulum se halla situado muy al Norte de Yucatán, se infiere que ya desde tiempos muy lejanos la península había sido poblada. Empero la población no puede haber sido muy densa porque, en tal caso, después de la decadencia del Imperio Viejo la cultura maya no se hubiera podido trasladar a esta región para su nuevo auge. Se supone una migración de una buena parte de los Mayas del Imperio Viejo hacia el norte, o hacia la península de Yucatán. La ausencia de restos de cultura arcaica en Yucatán autoriza a suponer que Yucatán se encontraba enteramente despoblado hasta más o menos O, estando desde luego esta fecha sujeta a rectificación. En los siglos siguientes hemos de imaginarnos una infiltración paulatina de gente viniendo del Sur y del Oeste. Como Yucatán es poco fértil en comparación con las regiones adyacentes, su tardía invasión por pobladores parece muy razonable, pues naturalmente no tenían ningún interés en avanzar estos colonos mientras se pudieran sostener con mayor comodidad en las partes meridionales. Así pues, los contactos entre los habitantes de Cuba y Yucatán no pueden haber ocurrido antes de la Era Cristiana.

Veamos ahora el otro punto de referencia, Cuba. La ocupación de la isla se verificó en varias oleadas: del Norte vino, probablemente, la primera y, del Sur, la segunda y tercera. Esta última fué la de los Caribes y no tiene para nuestro estudio ningún interés, porque se efectuó en las postrimerías del tiempo prehispánico, poco antes de la conquista española, no teniendo además ninguna importancia en Cuba, pues hasta hoy día se duda si se establecieron o no en Cuba. De las dos culturas restantes, la más antigua se denomina Ciboney y tiene su probable origen en la Florida. Era un pueblo sumamente primitivo que se encontraba prácticamente en un estado de fines del paleolítico. Lo encontramos en la Península de Florida, en las Bahamas y marcadamente en Cuba. Es probable que haya existido también en las otras Antillas Mayores, pero los hallazgos no permiten todavía una conclusión. No vivían en casas sino en cavernas, no conocían la cerámica ni la agricultura; vivían de lo que la naturaleza les brindaba espontáneamente: recolectando las frutas silvestres, cazando animales y aves y pescando. Su habitat cubría en un principio la isla toda, pero con el ad-

venimiento de los Tainos —gran pueblo arawac del Sur como se verá en seguida— tuvieron que replegarse a la parte occidental de Cuba, que es menos favorable que la opuesta. En suma, un pueblo primitivo y atrasadísimo, aún en comparación con otros pueblos poco civilizados. Los Tainos en cambio, eran un pueblo de desarrollo cultural ya elevado. Son netamente meridionales y cercanos parientes de los arawacs del Sur América. Casi toda su cultura se origina de la cuenca del Orinoco. Partiendo de ella ocuparon paulatinamente todas las Antillas avanzando hasta las Bahamas; su migración hacia el Norte estaba en pleno desarrollo cuando llegaron los españoles, efectuándose la penetración de la Florida por colonos tainos, precisamente en los días del descubrimiento.

Harrington, el investigador americano, en su libro "Cuba before Columbus", nos da una indicación de cuándo pudiera haber tenido lugar la inmigración de los Tainos a Cuba: Dice que los Ciboney "dislodged from Eastern Cuba by the Taino a century or so before the discovery, they were crowded westward". Citando a Las Casas, sigue afirmando que la gran afluencia de los Tainos hacia Cuba no se verificó sino hasta unos 50 años antes de la conquista. De ahí que deduzca que las primeras invasiones de Tainos no ocurrieron antes de 1000 D. J. Esto da suficiente tiempo para explicar un establecimiento sólido de los Tainos en la forma como fueron encontrados por Colón, unos 500 años después.

Con otras palabras, la inmigración de los Tainos a Cuba ocurrió en una época cuando la grandeza de los imperios mayas ya se estaba avecinando a su crepúsculo. Considero este hecho de mucha importancia, hecho que se debe tener en cuenta para cualquier estudio comparativo entre Cuba y Yucatán en tiempos prehispánicos.

Creo que no podemos esperar relaciones entre los Ciboneys y los Mayas, debido a tener tan distintos niveles culturales. Si las hubiera habido, los Ciboneys sin duda, hubieran aceptado, por lo menos, elementos rudimentarios de cerámica; pero es el caso de que no la tuvieron hasta la llegada de los españoles, pudiendo haberla adquirido por su contacto con los Tainos, quienes la conocieron perfectamente. Por lo mismo, me parece im-

procedente querer correlacionar los restos de conchas de Yucatán y Cuba. Si hubiera concordancia, habrían de explicarse por el material de uso, como las conchas, en uno y otro lado del Canal de Yucatán, que son de la misma clase zoológica. Así es que nuestra búsqueda de relaciones se restringe a la cultura isleña, prácticamente a los Tainos. Respecto a los Ciboneys, repito que no he encontrado nada que justifique suponer intercambios culturales con los Mayas. Ninguno de los principales autores, según sé, lo supone.

¿Cuáles fueron, entonces, las supuestas relaciones?

Si hubieran existido en mayor escala, seguramente que los primeros cronistas e historiadores españoles hubieran hecho mención de ellas. Más es el caso de que no encontramos ninguna indicación de esta índole, excepción hecha de un párrafo de Las Casas, que será discutido con mayor amplitud más adelante. Esta ausencia de referencias entre los cronistas, nos ha de poner alertas, restringiendo bruscamente nuestra fantasía en cuanto a éstas.

Faltando datos históricos para la comprobación de relaciones, tenemos que recurrir a elementos culturales para investigar si hay entre ellos algunos que impliquen un intercambio. Digo impliquen, porque desde luego es posible que haya varios que se asemejen en alto grado, sin que esto signifique una comprobación definitiva. Como los medios geográficos, la fauna y la flora de ambas partes son tan afines, forzosamente debe haber casos de paralelismo en la invención o uso de algunos elementos. Es obvio que techar casas con hojas en regiones que las brindan en abundancia y tamaños grandes, es algo que fácilmente se impone y que probablemente nadie tilde de difusión cultural si no lo considera como un simple caso de coincidencia. Además hay que descartar de la comprobación, como es lógico, todos aquellos elementos que fueron introducidos por los europeos con posterioridad, v.g. la naranja, el café, el ganado mayor, el arroz, los pantalones, la semana de siete días etc. Más todavía, hay que descartar también aquellos elementos que, aun-

que netamente indígenas, fueron llevados por los españoles de una parte a otra como el cacao, que en las Antillas no era conocido antes de la conquista y que fué introducido por los iberos desde tierra firme.

Descartados los ejemplos improprios, se pueden ahora analizar aquellos elementos culturales con semejanzas notables que se pueden atribuir con mayor probabilidad a difusión que a paralelismo. Uno de estos elementos comparativo es la cerámica que, por lo general, es comparable a un termómetro muy sensible en cuanto a influencias ajenas. Para anticiparlo: No se han encontrado ningunas relaciones entre la cerámica de Cuba y aquella de Yucatán. Sven Lovén, quien en su libro "Origin of Tainan Culture", hace un minucioso estudio de la cerámica de Cuba, al resumir los resultados de sus trabajos sólo puede demostrar las ligas que unen la cerámica de los Tainos con aquella de la Florida y de Sur América. No da ninguna prueba, ni la ensaya, de relaciones Cubano-yucatecas, no obstante ser ferviente partidario de ellas en lo general. Tampoco en Yucatán se encuentran vasijas de tipo insular: no hay ni la típica cazuela en forma de calabaza, ni vasijas como fuentes con dos asas laterales. El tipo insular más bien se podría relacionar con las culturas arcaicas del Continente, pues la cerámica taina se designa como tal, usando la denominación de cerámica arcaica en el más amplio sentido. Pero esta relación no se verificó a través de la península de Yucatán, sino claramente por el rodeo de Sur América; es decir: la cultura arcaica mexicana —si es que se quiere conceder al arcaico de México la primordialidad— tuvo irradiaciones hasta la cuenca del Orinoco, que, por su parte, volvió a ser un nuevo centro difusor para las islas. Es de notarse que a las Antillas Mayores jamás llegó el conocimiento de pintar la cerámica antes de la cocción. Tal conocimiento estaba precisamente por llegarles, también por la vía de Sur América, cuando la llegada de los españoles cortó bruscamente todo desarrollo autónomo de las culturas indígenas. Esta falta de relaciones en la cerámica, que esperábamos nos sirviesen para demostrar las conexiones anheladas, más bien representa un testimonio para comprobar lo contrario.

Semejante resultado obtenemos al comparar el cultivo del maíz en ambas regiones. Cierto es que también el maíz, en último análisis, provino de México. Pero los habitantes de las islas lo conocieron no por Yucatan, sino por la vía meridional de la América del Sur, ya que todo conocimiento de la agricultura, en cuanto que se desarrollaba en tierra firme, les fué proporcionado a través de la cuenca del Orinoco. No se puede negar que el cultivo del maíz entre los isleños y los habitantes de Centro América tiene bastantes semejanzas; pero creo que estas analogías son respecto a la técnica de sembrar y están condicionadas por la misma naturaleza del maíz. Sin embargo, quedan todavía suficientes diferencias, que más bien nos hacen concluir que no hubo influencias motivadas por una comunicación con Yucatán, en lo referente al desarrollo del cultivo del maíz en las Antillas. Mientras que entre los Tainos un solo individuo tuvo a su cargo todos los trabajos de la siembra, en la tierra firme dos personas se repartieron esta clase de trabajo. Más todavía: en las Antillas las tortillas eran desconocidas y no encontraron ninguna indicación acerca de ellas entre los cronistas. Si es de creerse que las formas alimenticias del maíz se hayan perdido en un tiempo y una distancia tan largos, que separan las culturas mexicanas de los Tainos con mediación de la América del Sur. Hay que agregar a este respecto, además, que hasta la fecha no se ha encontrado ningún metate de piedra de tiempos prehispánicos en las islas, porque los que hasta ahora se encontraron, más bien parecen pertenecer a los indios que después de la Conquista fueron trasladados a las islas por los Españoles. Todo lo expuesto, tomándolo en conjunto, paréceme comprobar con mayor énfasis la ausencia de relaciones, que la existencia de ellas entre los dos grupos. Un estudio comparativo del cultivo de otras plantas agrícolas, como algodón, frijol, maguey, tampoco aporta algo que hable en favor de un contacto.

Otro elemento que es común en la casi totalidad de las Américas, lo encontramos entre los Mayas y Tainos, pero es de notar que los Ciboneys parecen no haberlo practicado: nos referimos a la deformación de la cabeza. Fué practicada en niños recién nacidos, v.g. Landa la describe profusamente, sin

embargo, hay una diferencia notable entre la deformación isleña y la yucateca. Toda deformación en las islas es de carácter "tabular-oblicuo", que es común en todas partes septentrionales de Sur América. Su origen en consecuencia, ha de buscarse allá. En cambio entre los Mayas de Yucatán, la deformación se hizo de un modo "tabular-erecto". Hay que ver, además, que no existe continuidad de deformación desde la América del Sur hasta la región maya y de ella a Norte América. Tanto en la zona ístmica como en el Norte de México faltan las indicaciones de deformación de cabeza. Esta ausencia en el Norte, fácilmente se explica por la poca población sedentaria que en los tiempos prehispánicos hubo allá, la que por sí dejó bien pocas huellas de su existencia. Así creo que las deformaciones de cabezas no deben aducirse como prueba de conexiones entre los pobladores de Yucatán y Cuba, toda vez que son de un carácter completamente distinto. Naturalmente no pretendo afirmar que sean invenciones independientes en ambas áreas. La deformación de la cabeza es un fenómeno tan extraordinario, que su conocimiento en todas las Américas seguramente debe atribuirse a difusión y no a paralelismo. El origen de esta costumbre por eso debe haber sido el mismo, tanto en Yucatán como en Cuba. Una vez partida del mismo tronco se desarrolló de manera diferente.

En cuanto al elemento lingüístico, no existen todavía estudios suficientes sobre el particular. De las lenguas habladas en Cuba sabemos bien poco, a raíz de su extirpación por los españoles, y en el caso de que hubiera habido "mayismos" en ellas (o viceversa), con mayor probabilidad los encontraríamos precisamente entre los pueblos de Cuba que entre habitantes de otras Antillas, de cuyas lenguas sepamos más. Uno de los más recientes trabajos sobre el particular, es aquel de Schuler en escasas 27 páginas. El autor está empeñado en demostrar el parentesco del maya-quiché con el caribe-arauac, pero los pocos ejemplos que cita escogidos entre múltiples lenguas distintas no son de ninguna manera convincentes. No compara tampoco las gramáticas respectivas ni da una explicación de estas supuestas semejanzas. En síntesis: la lingüística no ha dicho nada definitivo sobre este particular.

Hemos de tratar todavía en esta ocasión un detalle que nos presentan los mapas lingüísticos hechos, cierto es, con el fin de demostrar la distribución de las lenguas indígenas de América en la actualidad. Encontramos anotado el Caribe como lengua indígena en los litorales del Golfo de Honduras. Esto, a primera vista parece ser una elocuente comprobación de un contacto entre las Antillas Menores, por lo menos, con aquella parte de Centro América y por ende con Yucatán. Sin embargo, al analizar estas anotaciones de carácter lingüístico, se ve al instante que son debidas a migraciones poscolombinas. Se trata de migraciones forzadas al final del siglo XVIII. Envueltos en las contiendas de franceses e ingleses, los Caribes de Saint Vicent fueron bastante hostilizados por los ingleses al apoderarse éstos de la isla y quienes quisieron deshacerse de los Caribes. Así es que los Caribes aceptaron la invitación del Gobierno Español para trasladarse a la tierra firme de Honduras, cerca de Trujillo, donde se les ofrecieron tierras laborables. Paulatinamente se expansionaron cubriendo todo el litoral de Honduras, Guatemala y parte de Belice, contándose en la actualidad como veinte millares de ellos. Si bien esta migración propiamente hablando, no atañe a nuestro problema fundamental, siempre tuvimos que tratar de ella aunque sólo en paréntesis y de paso para evitar desde un principio confusiones que sobre el particular pudieran surgir.

La Mitología tampoco aporta indicación alguna acerca de relaciones entre las dos culturas en cuestión. Mientras que en el área cultural de México los mitos ponen el origen de los hombres hacia el Norte, los de las islas lo colocan al Sur, demostrando así una vez más su parentesco con la América Meridional; es decir, ni en uno ni en otro caso las leyendas hacen suponer una migración de las islas al Continente o viceversa, cruzando el Canal de Yucatán. Son también completamente distintos todos los conceptos religiosos. No encontramos en las Antillas la noción de un mundo subterráneo, morado por las almas de los difuntos como entre los Mayas, para citar un solo ejemplo. El politeísmo de las culturas mexicanas tan elaborado, diferenciado y desarrollado, falta en lo absoluto en las islas. Entre los Tainos se usaban los llamados zemis, ídolos que servían

como oráculos; además, tuvieron necesidad de comestibles; en su mayoría estos ídolos o eran de piedra o de madera. En cambio, ídolos de barro tan frecuentes y conocidos en tierra firme, son de escasez marcada. Tampoco ocurren con mayor frecuencia objetos grandes de piedra; especialmente en Cuba es notable ausencia. Se notan, en cambio, algunas relaciones con las religiones de Norte América, v.g. el vómito mágico, que para su purificación practicaban los sacerdotes y el cual procedía las ceremonias religiosas. Esta costumbre era desconocida en Yucatán. Sería desde luego necesario completar más los detalles referentes a la religión; pero hacer esto, daría origen a una descripción copiosa de la religión maya sin que se sacase algún provecho para nuestro estudio. Ya con los pocos ejemplos aportados, se nota la enorme diferencia que separa las dos religiones: una sencilla, sin complejos; otra, un sistema de reflexión y especulación, un dualismo casi filosófico, las creencias convertidas en superstición, el refinamiento de una cultura ya sobrecargado. No tienen las dos religiones, prácticamente, nada en común, salvo lo que une todas las creencias y por lo tanto no deben citarse para la demostración de comunicaciones Cubano-Yucatecas.

En lo referente al modo de entierro, íntimamente ligado con los conceptos religiosos, tenemos lo siguiente: la forma Taina de practicar los entierros era esencialmente igual a los modos que prevalecían en las partes septentrionales de Sur América. Inhumaban con frecuencia las cabezas aparte del resto del cuerpo. En Cuba se solían guardar las cabezas de los muertos, metidas en cestas, dentro de la misma casa de los familiares del difunto. Encuéntanse allá de vez en cuando montículos debajo de los cuales se hallan restos de muertos. La cremación sólo era practicada por los Ciboneys; no hay indicaciones de que los Tainos la hubieran practicado. Cuando los primeros enteraron a sus muertos lo hicieron en forma irregular, sin distinción en cuanto a colocación, orientación o profundidad de las tumbas, mientras que los últimos colocaron los cadáveres en una posición encorvada mirando hacia el Oriente, o los pusieron en cuevas dejándolos recostados sobre el suelo y sellando la entrada con una piedra. Existen también pruebas de que esco-

gieron como lugar del entierro la casa en la cual habían vivido.

Según acaba de decirse, se supone a los Tainos haber enterrado los cadáveres en sus casas respectivas. Estas eran, según el Obispo Landa, el lugar ordinario para las inhumaciones mayas, abandonándose después, salvo en los casos en que vivían en ellas mucha gente. Los personajes de categoría, en cambio, fueron quemados y se llenaron vasijas grandes con sus cenizas, encima de las cuales se podían edificar templos. Metieron las cenizas también en estatuas de barro que entonces fueron consideradas como ídolos al estilo de Manes o Penates; usaban para estas estatuas aún partes, especialmente craneanas, del cadáver. Como se ve, las costumbres mortuorias en parte concuerdan y en parte difieren; más ni las diferencias ni las concordancias están suficientemente marcadas para justificar una deducción probatoria para nuestro objeto. No demuestran la existencia de relaciones entre las dos culturas, pero tampoco las reprueban.

Era conocido entre ambos pueblos también el juego de pelota: complicadísimo su reglamento entre los Mayas, sencillo entre los Tainos. Grandiosas eran las edificaciones para este juego en la Península, en cuya comparación de misérrimas pueden considerarse las murallas modestas de los juegos insulares. Estos se efectuaban enfrente de las chozas de los caciques, quienes a su vez los presenciaban sentados en sus sillas. Los jugaban entre 20 y 30 hombres en cada lado. Había también torneos entre dos pueblos con premios para el equipo vencedor. La pelota que se usaba entre ellos era de peso liviano y de esponja no maciza y pesada como la pelota de México. Son los juegos de pelota, pues, una fiel manifestación del nivel cultural de ambos pueblos: refinado el uno y poco desarrollado el otro. Es, pues, difícil deducir de la existencia de juego de pelota, tanto entre los Mayas como entre los Isleños, una prueba contundente para sus mutuas relaciones, sobre todo, si recordamos que los juegos de pelota eran conocidos en casi todas las Américas, jugándose con expresa exclusión de las manos en todo Sud América y entre los pueblos del área cultural mexicana. Esta conexión hace pensar en un origen común del juego de pelota americano, pero de ninguna manera implica un

contacto directo entre Yucatán y Cuba. Al igual que otros elementos culturales, su parentesco puede ser debido a la interferencia de los pueblos de la cuenca de los grandes ríos suramericanos.

Resta todavía dedicar algunas palabras al probable parentesco entre los yugos totonacas por un lado, y los anillos de piedra en Puerto Rico por el otro, que se ha pretendido establecer. Para abreviar: objetos de esta índole son desconocidos en el área maya y también en Cuba. El "Missing Link" falta por completo. Más aún las semejanzas entre las dos clases de estos objetos pétreos son bien reducidas. Los yugos en su mayoría están abiertos por un lado, sumamente pesados y decorados con incisiones de dibujos altamente convencionalizados. En cambio los anillos (llamados collares) en Puerto Rico, son anillos redondos perfectos que rematan en un botón que sobresale, siendo este botón hecho con frecuencia en forma de una cabeza de mono, de ave u otro animal. Parece que también la finalidad fuese distinta en cada caso si bien que no está bien definida en ambos.

Por parecerme sumamente acertados cito unas líneas que dedica J. W. Fewkes a esta controversia: "... The stone collars, elbow stones and triangular stones of these islands are of superior workmanship and find their parallel on the Gulf of Central America and Mexico especially among the Totonac and Huastec. Here, also, we find enigmatic stone objects like the stone yokes and stone rings... Their relationship has been suggested by several students but their connection has not been made out with any satisfaction nor has it been demonstrated which objects are the most ancient; whether the West Indian was derived from the continental or whether both independently originated is one of the unsolved problems of American archaeology."

Resumiendo lo expuesto en los párrafos anteriores se puede afirmar que lejos de haber sido posible demostrar siquiera la afinidad de los yugos totonacos del Estado de Veracruz con los anillos de Puerto Rico, menos sirven para comprobar las de relaciones entre Cuba y Yucatán, toda vez que ambos territorios carecen de uno y otro objetos sometidos a nuestro análisis.

Ha resultado de poca utilidad para nuestro estudio la investigación de las armas, objetos de orfebrería e instrumentos de música. Como todos ellos estaban muy poco desarrollados en Cuba y Yucatán, no se prestan bien para comparaciones. Así es que v.g. no se conocen todavía instrumentos musicales entre los Tainos. Tampoco fueron de importancia alguna sus armas. Para Cuba Occidental es dudosa hasta la existencia del arco. La orfebrería es tan insignificante en una y otra región. Los isleños ignoraban también el arte de vestirse, lo que producía el encono de los primeros españoles quienes, por otra parte, registran en sus crónicas con gran satisfacción el que los mayas usaban vestidos para cubrirse.

Hasta este momento nuestra labor ha consistido en buscar argumentos que hablaran en pro de las supuestas relaciones relaciones yucatecas-insulares. Hemos visto, sin embargo, que todo lo aducido en vez de corroborar la teoría más bien la destruyó. Guiados, pues, por esta nueva inteligencia adquirida de esta manera se estudiará en lo sucesivo con preferencia todo aquello que subraya aún más la ausencia de estas supuestas relaciones.

El ya citado Sr. Lovén considerándolas como comprobadas dedica un párrafo especial a las comunicaciones entre los sitios de la cultura Taina con la Península. Hace mención de la siguiente información que pudo dar Colón ya desde su primer viaje, que de acuerdo con reportes: "Yamaye estaba cerca de tierra firme 10 jornadas de canoa que podía ser 60 ó 70 leguas y que era la gente vestida allí". De esta información deduce Lovén: "From this it can be inferred that the Jamaicans had dared to make in their great canoes that distant sea voyages to Yucatan which country could not be seen from Jamaica". Francamente la rapidez de esta conclusión me parece altamente atrevida. En primer lugar, ¿no es sospechosa la noción de una tierra firme entre los indígenas? Creo que este concepto no es precolombino en la isla de Jamaica. Pero en último caso pudiera pasar y podía suponerse que los españoles infirieron de

las palabras descriptivas de los indígenas que se trataba de tierra firme. Empero de ninguna manera se entiende por qué esta alusión se refiera a Yucatán, pues la distancia que separa Jamaica del Cabo Gracias a Dios en Honduras es sólo 2/3 de la distancia entre Yucatán y Jamaica y, además, Jamaica y Honduras no distan 70 leguas sino más o menos el doble. Si los habitantes de Jamaica en realidad hubieran conocido tierra firme de la América Central, entonces la probabilidad es que esto ocurrió con el Cabo Gracias a Dios y no con la península de Yucatán. Por último, ¿es de creerse que Colón después de haber cruzado todo el Atlántico en busca de la tierra firme de India no hubiera alargado su viaje por estas misérrimas 70 leguas, si hubiera tenido la seguridad de encontrar su tierra prometida? Más no lo hizo y volvió a España sin haber visitado siquiera Jamaica. Creo que el argumento de Lovén no es válido de ninguna manera. Es cierto que Colón vio la tierra firme varias veces y que su cuarto viaje lo llevó también a Centro América. Partió del Cabo Cruz, de Cuba, y sin tocar Jamaica tropezó con Centro América en la isla de Guanaja bajando entonces el litoral hasta llegar más o menos donde hoy se encuentra el Canal de Panamá, de donde regresó. Más aún, en otro viaje que hizo a lo largo de la costa Occidental de Cuba llegó hasta la isla de los Pinos e hizo firmar a sus compañeros de viaje que allá estuvieron en tierra firme.

No poseyó ni la menor idea de que la verdadera tierra firme distanciaba todavía 90 millas. Que los pobladores de Cuba no conocieron ni remotamente Yucatán, lo comprueba, según creo con mucha fuerza de convicción, el hecho de que los españoles no llegaron a Yucatán sino hasta 1517, bajo el mando de Hernández de Córdoba con el intencionado propósito de buscar nuevas tierra desconocidas. Así fué descubierto Yucatán exactamente 25 años después del descubrimiento de América y después de haber los españoles realizado toda clase de hazañas en el mar del Sur y en las Américas Australes. Estimo que si en la Fernandina hubiera existido aún el más vago conocimiento de Yucatán y aún si se hubiera guardado por motivos desconocidos para nosotros como secreto, en alguna forma hubiera

llegado a los conquistadores que entonces sin vacilar lo hubieran buscado.

Al insistir en el año 1517 como fecha del descubrimiento no desconozco de ninguna manera que se atribuye a portugueses haber visto al península antes, creencia que carece todavía de confirmación contundente. Es cierto, además, que ya en 1511 llegaron 15 hombres y dos mujeres españolas naufragos atraídos por las corrientes del Golfo desde Jamaica precisamente, tras una travesía de 13 días. Quedaban todavía vivos al llegar Cortés en 1519, Gerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, pero como éstos no dieron aviso de esas nuevas tierras sino hasta la llegada del futuro Marqués del Valle, ellas seguían prácticamente ignoradas hasta la fecha indicada.

No obstante la crítica a que tuvimos que someter la deducción del señor Lovén, existe un testimonio de una relación autónoma entre Jamaica y Yucatán, la cual curiosamente no se encuentra citada por el mencionado autor. Nos referimos a la alusión de Bernal Díaz del Castillo (aceptándola sin reserva), que hace de una bella india de Jamaica que encontraron en Cozumel durante su viaje al mando de Juan Grijalva en 1518. Esta india les contó que habían venido entre 10 indios dos años antes a causa de un naufragio que sufrieron durante una pesca habiéndolos echa las corrientes a Cozumel; excepción hecha de ella, todos fueron matados y sacrificados por los habitantes de la isla. Opino que no debemos interpretar este hecho como una prueba definitiva de las relaciones entre el mundo insular y Yucatán. Tratábase en ello de una relación absolutamente intencionada y sin consecuencias para la vida de los dos pueblos; la suerte de los Jamaicanos no podría ser más funesta. Aunque ignoramos otros accidentes de esta índole fuera de los citados en los párrafos antecedentes, no sería extraño si los hubiera habido y entonces probablemente siempre con igual triste fin, ya que sucedió también a la mayoría de los españoles naufragos en 1511. No es creíble que sirvieran para un intercambio, sea comercial o espiritual, máxime que a causa de la corriente del Golfo estas relaciones accidentales sólo podían ser unilaterales, es decir, en dirección de las islas a Yucatán, pero no viceversa. Sigue después Lovén citando un hallazgo de

miel de abeja en Cuba, de procedencia yucateca, mencionado por Las Casas; pero interpreta este hecho contrariamente a la voluntad de su fuente. Lo toma como comprobación de un intercambio entre Cuba y Yucatán, en tanto que Las Casas hace especial hincapié en que no debe interpretarse así. Para mayor claridad citaré el párrafo respectivo de Las Casas, quien textualmente dice: "Esta cera nunca la hobo en la isla de Cuba, y aqueste pan que halló era del reino y provincias de Yucatán donde había inmensa cantidad de cera y muy buena, amarilla, el cual pudo venir allí, o porque algunos indios de aquella isla fuesen a Yucatán en sus canoas porque no está la punta o cabo suyo de la punta o cabo postrero de Cuba sino 50 leguas ó 60 y deste no tenemos indicio ni coniecturas eficaz, antes, hay muchas por el contrario, o que los indios mercaderes de las mismas provincias de Yucatán que trataban por muchas partes de la costa de aquel tierra firme con tormenta se les trastornase alguna canoa y por tiempo los aguajes lo trajesen a la costa de Cuba porque aquellas 50 leguas que hay de Cuba a Yucatán son de mar baja y no profunda; y esta razón tiene muy gran apariencia de verdad y creo que ninguna duda se debe della tener". Con otras palabras, todo este magnífico argumento de relaciones comerciales entre Cuba y Yucatán se reduce por el propio dador del argumento a un simple naufragio de una pobre canoa!

Además es obvia la falta absoluta de testimonios de la cultura maya en Cuba u otras islas Antillas. Ni relieves, ni estelas, ni templos encontramos; nada de eso. Tampoco tropezamos con el calendario maya aunque sea en la forma simple del Tzolkin. ¿Es de creerse que los pobladores de Cuba y demás Antillas por bárbaros que hubieran sido, en contacto con los Mayas no hubieran adquirido siquiera un humilde reflejo del arte de los Mayas? Dice Harrington categóricamente "The writer has yet to see a single object from Cuba suggesting the Maya art of Yucatan". A single object, un solo objeto. Pero no lo hay por lo menos hasta ahora. Queda harto difícil creer todavía en las relaciones Maya-Cubanas. Negadas estas relaciones, debemos explicar los motivos por qué no existían. El desconocimiento de la navegación entre ambas partes no puede ser adu-

entrabas partes, pero esta afirmación no excluye la posibilidad de contados contactos ocasionales que, sin embargo, para la vida cultural de una y de otra parte no pudieran haber tenido la menor significación.

NOTA FINAL

Cuando yo ya había terminado este estudio llegó a mis manos el interesante trabajo del Dr. René Herrera Fritot, Habana, acerca de "Culturas aborígenes de las Antillas". Este autor también se declara convencido de que no ha habido ni las más remotas relaciones entre Cuba y Yucatán. Dice tan terminantemente como Harrington: "El poblamiento antillano tuvo, pues, grandes facilidades por el Sur y muy pocas por Noroeste. Así se explica que estando Cuba tan próxima a la Península de Yucatán, donde existió una de las más grandes civilizaciones de América, no se encuentran en esta isla ni en las restantes influencias siquiera de aquella cultura". La explicación para este hecho la encuentra también en el medio geográfico, porque dice: "Por el Noroeste esta barrera líquida (es decir la corriente del Golfo) unida en un solo brazo de un caudal y una potencia enormes establece un difícil, por no decir imposible paso para embarcaciones menores, principalmente del Continente a las Islas. Por el Sur en el otro extremo del Archipiélago, los estrechos son menores, la corriente pasa dividida en varias ramas y por lo tanto debilitada".

Quedo, además, altamente agradecido al mismo señor Dr. Herrera Fritot, quien bondadosamente en carta particular me ilustró acerca de la probable edad del hombre en Cuba, robusteciendo sus informes mi hipótesis acerca de la llegada de los Tainos, como queda expresado en las páginas anteriores y corroborando así también las conclusiones que de tal llegada deduje.

Es cierto que el presente estudio se limita exclusivamente a Cuba como punto de comparación. Sin embargo, en su desarrollo tuvimos que recurrir también a material de las otras Antillas Mayores. En cierto modo el resultado a que llegamos respecto a Cuba es válido también para aquellas, y pues no se perciben relaciones yucatecas en Cuba, tan cercana a la Península, con mucha probabilidad podemos esperar que tampoco se encuentren en las restantes Antillas que se hallan aún más distanciadas del centro difusor Maya, a menos que no les hubieran llegado por otros caminos a través de la América Central.



- BEYER, Hermann.—El origen del Jeroglífico Maya Akbal.
 BEYER, Hermann.—El Jeroglífico Maya Yaxche.
 CASO, Alfonso.—Las medidas del Calendario Azteca.
 CASO, Alfonso.—Los Jeroglíficos de Tenayucan, México.
 CASTAÑEDA, Carlos E.—Los manuscritos perdidos de Gutiérrez de Luna.
 CERVANTES, Enrique A.—El Colateral de Sto. Domingo en la Ciudad de Puebla.
 GONZALEZ CASANOVA, Pablo.—El Ciclo legendario del Tepoztécatl. (Conclusión).
 JIMENEZ RUEDA, Julio.—La edad de Fernán González de Eslava.
 KUNIKE, Hugo.—Consideraciones sobre la Mitología Estelar del México antiguo.
 MULLERRIED, Federico K. G.—Sobre los artefactos de piedra de la parte Central y Occidental del Petén, Guatemala, su forma y su probable edad.
 NOGUERA, Eduardo.—El ladrillo como material de construcción entre los pueblos Nahuas.
 NOGUERA, Eduardo.—El uso de anestésicos entre los aztecas.
 HAYNAUD, Georges.—Duración real del año Maya-Mexicano.
 REYGADAS VERTIZ, José.—Nota preliminar sobre las actuales excavaciones en Teotihuacán.
 SALADO ALVAREZ, Victoriano.—El primer explorador americano en México.
 SALINAS, Miguel.—Doña Juana de Záñiga, Primera Marquesa del Valle.
 Notas Históricas y Bibliográficas.

APENDICE DEL TOMO SEGUNDO.

- AZNAR DE COZAR, Andrés.—Relaciones de los pueblos de Instlauen, Mistepeque, Ayusuehiquillaçala, Xicnyan, Puetla y Cacatepec.
 CANGAS Y QUISONES, Suero de.—Descripción de la Villa de Espíritu Santa.
 ICAZA, Francisco A. de.—Miscelánea Histórica.
 LOPEZ, JUAN.—Relación de los pueblos Peñoles.
 MENDEZ, Fr. Andrés.—Relación de la vicaría y partido de Santa Cruz que en mexicano se dice Iztepec y en zapoteco Quialoo.
 SALAS, Cristóbal de.—Descripción de Tetiquipa, Río Hondo y Coçatepeque.
 TORRES DE LAGUNAS, Juan de.—Descripción de Tehuantepec.
 VILLEGAS, Francisco de.—Relación de los pueblos de Tecuicullo, Atepec, Coquiapa y Xaltlanguez.